

Por **MAGDALENA GONZALEZ CASILLAS**

José Clemente Orozco (3)

EN ESTA ETAPA de furor muralístico (1922), Orozco se reservó las paredes del patio principal del antiguo Colegio Jesuita de San Ildefonso, transformado en la Escuela Nacional Preparatoria. Allí pintó *Los elementos*, *El hombre en lucha contra la naturaleza*, *Hombre cayendo* y *Cristo destruye su cruz*, que luego borró, con excepción de una *Maternidad* y la cabeza de Cristo que utilizó en *La huelga*.

En la planta baja, además de lo anterior, también plasmó *La destrucción del viejo orden*, *La trinchera* y *La trinidad*, compuesta, esta última, por el campesino, el obrero y el soldado.

En el primer piso dejó *Los aristócratas*, *Las acechanzas* y otras alegorías en torno al poder y al clero.

En el segundo, desarrolló su crítica social, clamando por una nueva vida entre los campesinos, con escenas de gran patetismo, como la muerte del padre y la despedida del hijo y la madre, la familia que queda atrás y los soldados improvisados que marchan con sus mujeres y soldaderas.

En la escalera quedó *El origen de la América Hispana*, con las espléndidas figuras de Cortés y de Malitzin, símbolos del mestizaje, de la raza nueva; frailes que socorren a los indios y españoles que construyen con ayuda del indígena, en total solidaridad creativa de un orden distinto: ni hispano ni indio sino mexicano. Este trabajo monumental y magnífico le llevó de 1922 a 1927, con las excepciones del tiempo que dedicó, en el 25, a pintar para un cliente particular. En la "Casa de los Azulejos", el mural que tituló *Omnisciencia*, en el que el fuego aparece por primera vez en su obra, y el que le llevó el fresco que dejó en la Escuela Industrial de Orizaba, Ver., hecho en 1926.

Por entonces, los artistas del "Sindicato" publicaron *El Machete*, periódico que pocos números después de su nacimiento se convirtió en el órgano oficial del Partido Comunista. Contó con ilustraciones de Siqueiros, Guerrero y Orozco, quienes asimismo formaron parte del "Grupo Solidario del Movimiento Obrero", junto con otros numerosos artistas e intelectuales. El "Grupo" se lanzó en actividad proselitista y a Orozco le tocó hacer apostolado en Provincia donde sólo encontró

...bohemos... que lo mismo van a una boda, a un mítin comunista, uno fascista, un convite de circo o lo que sea. Señoritas que declaman versos románticos y anarquistas pueblerinos de lo más inofensivos.

Los estudiantes capitalinos tampoco se mostraron más comprensivos y entusiastas con el mensaje pictórico dejando en los muros de San Ildefonso: arrojaron a Siqueiros y a Orozco a la calle como si se tratara de "perros rabiosos" y dañaron los murales, gravemente, con "palos, pedradas y navajazos".

A estos malos ratos siguió, como suele suceder, la llegada de una buena nueva: Orozco fue invitado a pintar en Estados Unidos que ya no juzgaba pornográfica su obra, sino deseable y con este magnífico cliente el artista permaneció de 1927 a 1934.

Su trabajo inicial fue el *Prometeo*, de Pomona College, en Claremont, Calif., concluido en 1930. Este fue el primer mural pintado por un artista mexicano en el vecino país del norte. El magnífico torso del Titán es comparado por Justino Fernández, con figuras semejantes de Miguel Ángel, Tintoretto y El Greco:

Prometeo entrega el fuego a los mortales y los humaniza, pero no sólo es la ilustración del mito antiguo, sino una apelación a la conciencia.

Es la figura más prodigiosa del arte monumental del siglo XX. (Fernández, 1980: p. 157).

Habría que agregarle a Don Justino: "Hasta ese momento", porque tal obra será superada por el mismo Orozco, en Guadalajara.

De California, el artista viajó nuevamente en diagonal y arribó, como antes, a Nueva York, donde pintó en la New School of Social Research, el año de 1931, un mural "más mesurado y clásico", dice García Oropeza. Influidos por una estética griega, con retorno a la divina proporción y que Jay Hambridge había puesto de moda con el nombre de "Simetría Dinámica", continúa Guillermo...

Entre tanto, el Orozco de caballete luce en exposiciones individuales en los "Delphic Studios", de Nueva York y en la galería parisina "Fermé la Nuit".

Cuando Orozco por fin llega a Europa en un corto viaje (1932) es ya ampliamente conocido en los círculos artísticos por su obra realizada. Visita museos y galerías: absorbe la pin-

tura pompeyana, la románica, la española y la veneciana, sobre todo la bizantina y vuelve a los Estados Unidos a pintar en la Biblioteca Baker del Dartmouth College, en Hanover, New Hampshire, de 1932 a 1934.

Allí su expresión fue ya otra: con un dibujo tenso y suave según conviniera a la idea y con un color que, abandonando los tonos sombríos, explotó en brillantes armonías. Ahí pintó el mundo antiguo de Quetzalcóatl y la Conquista, y la América nueva: mecanicista, científicista; y frente a tal espectáculo: Cristo, pero Cristo vengador, volviendo a la tierra para destruir su propia cruz, en tanto que las civilizaciones caen por tierra.

Los importantes murales del Dartmouth College marcan el principio de un Orozco nuevo y espléndido que se vuelca en el Palacio de Bellas Artes, a su retorno al país, en 1934. Conmovedor y dramático, sigue la línea crítica al mundo actual, clama por el fuego purificador que recuerda a Sodoma y plasma formas violentas para dejar constancia del horror, la fealdad y la corrupción... ¿como un testigo o como un moralista?

Ciertamente se ha convertido en el gran cantor épico, tras sus líricos inicios y lo explica, consciente de sus motivos:

Quien ama lo épico, no necesariamente detesta lo lírico. Además, lo que puede ser perfectamente válido en la decoración de un jarro de buró, puede ser enteramente ridículo en un muro público y hasta en un cuadro.

Cuando Orozco llega a Guadalajara es ya el enorme monstruo sagrado que conmociona a los medios artísticos con sacudidas telúricas y del que se recuerda, con emoción que pone la carne de gallina, que es ¡jalisciense! Aunque hasta el momento apenas lo sea, lo será después porque en Jalisco, en su capital, dejará la culminación de su obra...

Tan es así y así lo sintió el artista, que su *Autobiografía* concluyó con las siguientes palabras:

En 1936 fui a Guadalajara, en donde había de permanecer cuatro años, entregado a una labor muy intensa y fructífera.

Si este fue el colmen de su talento genial, no fue el final de su labor:

En 1940 plasmó en los muros de la Biblioteca Gabino Ortiz, de Jiquilpan, Mich., magistrales escenas con "aire popular, pero majestuoso", relativas a la Revolución. La alegoría se centra en México a través de una mujer que cabalga, dignamente, sobre un tigre que avanza por un camino sembrado de espinas. En el centro, un águila está a punto de ser estrangulada por roja serpiente; a la derecha, tres ridículas figuras que, Justino piensa, pudieran representar los caducos ideales de "libertad, igualdad, fraternidad"; a la izquierda, un angelito "desplumado y maltrecho", símbolo de un sentimiento religioso ya caduco; y en lo alto, otro tigre de inaudita ferocidad, imponiendo, sobre tradiciones obsoletas, la conciencia nacional "como una esperanza".

El mismo año, el artista viajó otra vez a Nueva York, donde por encargo del Museo de Arte Moderno pintó un mural en seis secciones o tableros móviles, dejando testimonio de su capacidad para la expresión abstracta, el color más delicado y las formas fuertes. Lo tituló *Dive Bomber*, lo que literalmente significa "Avión de bombardeo en picada". Este consiste en una masa metálica que recuerda las alas de un avión cayendo pesadamente sobre hombres amordazados con cadenas. La cola del demonio asoma tras una de las alas. Simbología y abstracción se unen en esta serie que puede ser presentada completa o fragmentada, lo que no deja de ser un juego más de ingenio.

Nuevamente en México, pintó, en 1941, los murales del edificio de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, centrándose en movimientos obreros; además el platónico fuego de la Justicia abraza a los falsos jueces, en tanto que su réplica en el mundo, duerme en un monumento... En otro tablero se aprecia el subsuelo de México, rico en metales preciosos pero mortíferos, y en petróleo que se vuelve monstruoso. Como en Jiquilpan, aparecen aquí el tigre, ahora en actitud defensiva, y la Enseña Patria, como conciencia totalizadora.

De 1942 a 1944 pintó en la iglesia del Hospital de Jesús, el primero del Continente, fundado por Hernán Cortés y todavía en funciones. En él dejó Orozco su más barroca expresión a propósito del *Apocalipsis*, combinando castigos joánicos con calamidades actuales, recreando al demonio en mil formas y presentando a la humanidad atormentada de mil modos.

Para un club, experimentó sobre masonite con piroxilina, en murales desmontables que aluden a las ilusiones de la postguerra. El principal tablero se encuentra actualmente en un comedor del Hotel María Isabel.

En el Teatro al Aire Libre de la Escuela Nacional de Maestros empleó silicón y sobre la



Apuntes para la Historia de la Pintura en Jalisco

serpiente tradicional colocó placas metálicas. Ahora la arquitectura —un muro curvo de concreto— lo obligó a soluciones distintas a todas las anteriores. Esta pintura fue trabajada de 1947 a 1948, primera hecha en el exterior y en unas *Notas acerca de la técnica de la pintura en México en los últimos 25 años* (1947), Orozco afirmó que en las "Maneras decorativas" (se puede) "Conservar la arquitectura. Destruir la arquitectura..." (según la pintura sea) "estática o dinámica":

Las pinturas estáticas... obedecen a las leyes de gravedad... las... dinámicas... parecen cambiar completamente el mecanismo estructural del edificio...

Reflexiones que surgieron de la experiencia concreta de este nuevo mural, abstracto, geométrico, como realizado con alambres de colores, aunque con tema: el México tradicional del águila y la serpiente amenazado por el mundo moderno. En esta obra colaboraron varios ayudantes, bajo la dirección del maestro; todos estudiantes de pintura.

En 1948 pintó Juárez y su tiempo para el Museo de Historia, de Chapultepec, en el que resaltan las espléndidas cabezas del patricio y el emperador Habsburgo, ya muerto, entre un mar de teas encendidas y armas empuñadas por los Republicanos contra los Monárquicos y el clero.

En este mural Orozco exime de culpa al prócer oaxaqueño, en la muerte de Fernando Maximiliano, haciendo recaer toda responsabilidad en los hombros de aquéllos que lo incitaron a aceptar la corona y luego lo dejaron caer.

La última obra completa del maestro quedó en Guadalajara, como si hubiera sido planeado intencionalmente que concluyera su producción en la Entidad que lo vio nacer.

Era 1949 cuando terminó, en la Cámara Le-

gislativa del Palacio de Gobierno, su homenaje postrero a la patria independiente, al plasmar la noble cabeza de Hidalgo —ahora intelectual, no adalid— de la cual brota la idea libertaria que alcanza a la muchedumbre negra, hundida en dolorosa esclavitud durante milenios. Esto en la bóveda. En un muro quedaron Legisladores que han puesto orden en el país: Morelos, Juárez y Carranza.

En la capital empezó a trazar el mural del edificio multifamiliar Benito Juárez, situado en Coyoacán y los frescos para la sala de conciertos del Conservatorio Nacional... Estaba en plena actividad cuando el 7 de septiembre, del mismo año, falleció en la Ciudad de los Palacios, un par de meses antes de cumplir los 63, sin que enfermedad alguna hiciera sospechar que llegaba a su fin.

Sus restos duermen en la Rotonda de los Hombres Ilustres y su figura, de bronce, orna la Plaza; en tanto que sedente, frente a la casa que mandó construir para que su vejez se deslizara tranquila en Guadalajara, la que apenas alcanzó a disfrutar y ahora se ha convertido en Museo-Taller, se encuentra su efigie en piedra.

Dicen, quienes le conocieron, que en su trato siempre se manifestó fino y delicado, lo que prueba, además de un espíritu sensible, una buena educación. Su sentido del humor puede apreciarse, cáustico y agudo, en su *Autobiografía* y su penetrante lucidez, en la totalidad de sus *Textos*...

Fue miembro de El Colegio Nacional, en el que presentó seis exposiciones, a partir de 1943; sus abundantes dibujos y cuadros de caballete se conservan, principalmente, en el Museo-Taller de Guadalajara, junto a la Fuente de Minerva, y en el Museo Carrillo Gil, de la capital de la República.

En 1946 le fue otorgado el Premio Nacional de Arte.

(CONTINUARA...)